

3º Domingo de Pascua - 01 de mayo de 2022

La pesca milagrosa

(Ac 5, 27b-32.40b-41 ; Ap 5, 11-14 ; Jn 21, 1-19)



El Evangelio de este tercer domingo de Pascua demuestra la soberanía de Cristo resucitado.

Al volver de su noche de pesca, Pedro y sus siete compañeros no encontraron nada, un personaje se muestra a la orilla del mar y les ordena lanzar su red a la derecha del barco. Es la pesca milagrosa. Por lo tanto, los apóstoles no se equivocan, el que da una orden tan eficaz es Jesús el resucitado a

quien toda criatura obedece.

En esta perspectiva es necesario comprender los gestos y las palabras que siguen en la escena evangélica que leemos. Jesús prepara una comida para sus apóstoles, luego ante todos, un largo coloquio con Pedro. Después de la pesca, Pedro trae los peces, Jesús prepara algunos y luego da a todos, pan y pescado. Quiere alimentar a todo su mundo él mismo. Lo hace como si el único alimento pudiera venir de él; es él quien quiere cuidar de cada uno, es gracias a él que todos llegarán a realizar su destino.

Después de la comida, se dirige a Pedro, le hace tres veces la misma pregunta: «¿Pedro me amas?» Como si esta repetición evocara la triple negación de Pedro, no hace tanto tiempo en el patio del sanedrín. Cada vez, Pedro responde afirmativamente; con cada aquiescencia de Pedro, Jesús le dice: «Sé el pastor, el pastor de mis corderos, de mis ovejas.» En cada ocasión, recomienda que se vele para que las ovejas tengan alimentos suficientes. El buen pastor que cuida de sus ovejas, lo conocemos, el Evangelio nos lo ha presentado, sigue siendo siempre Cristo; Pedro, sin embargo, tiene hoy una función muy particular: velar por que cada una coma lo suficiente. Podemos comprender fácilmente que se trata de un alimento ya propuesto por Jesús, el que él mismo instituyó y presenta como indispensable: su cuerpo y su sangre.



Luego, Jesús le hace una curiosa predicción; comparando su libertad de comportamiento de antaño con su cargo actual, le promete estar obligado a una obediencia y una dependencia tales que será llevado donde no quisiera. Termina diciendo: «Sígueme».

Esta discusión puede parecer bastante dispar. No es así. Porque Pedro afirma amar al Señor, éste le confía el rebaño. Porque el rebaño le es confiado, Pedro será dependiente y sumiso. Si Pedro es investido de su función, es porque ama a Cristo. Por tanto, su servicio a los demás estará animado no por el deseo de hacerse valer, de ser indispensable para ellos, de recibir una recompensa o reconocimiento, sino por fidelidad al amor de Cristo.

Estando al servicio de los demás por amor al Señor, se compromete en un camino de dependencia, de sumisión. La mayoría de los comentaristas han visto en esta extraña predicción de Jesús el anuncio del martirio de Pedro al final de su vida. ¿Por qué no ver que su vida cada vez más absorbida por el servicio de sus hermanos será animada por una obediencia tal que será desposeído de sí mismo.



También podemos descubrir en la manera en que el Señor confía su cargo en primera instancia de la Iglesia una doble enseñanza.

Si Pedro y, a través de él, sus sucesores, tienen la carga de alimentar, sepamos recurrir a él. Quizás el primer papel del sacerdocio visto a través de esta página del Evangelio es asegurar la alimentación espiritual de la Iglesia: «Id a decir a los sacerdotes»

Todos, mientras estamos, tenemos como Pedro una función que cumplir, un papel que desempeñar en el servicio de los demás. Sea este servicio modesto o espectacular, preguntémosnos: ¿Se vive como Jesús lo pide a Pedro por amor al Señor, en espíritu de servicio y en la desaprobación de sí mismo?

Jean-Marie Quétier (Diacre)